

ASPECTOS DE LAS RELACIONES CON ESPAÑA EN EL  
“ARCHIVIO DI STATO DI NAPOLI” (1830-1844)

*José Ramón Urquijo Goitia*

El reconocimiento de Isabel II como reina de España (12.XII.1843) por parte de Nápoles provocó críticas entre las Cortes moderadas que no lo habían realizado, y también en los medios carlistas, que se veían abandonados en el juego de intereses que rodeó las negociaciones para encontrar marido a la hija de Fernando VII<sup>1</sup>. Al objeto de responder a tales incriminaciones el Ministerio de Asuntos Exteriores de Nápoles elaboró un documento para que sirviese de fuente de argumentos en las discusiones en las que tuviesen que participar en defensa de la actuación de su Soberano. No se trataba de una exposición de las razones que habían determinado la adopción de dicha medida, sino de una respuesta a sus antiguos aliados, las Potencias Conservadoras (Austria, Prusia y Rusia). Estas consideraban que Fernando II había abandonado los principios defendidos durante el decenio anterior. Con tal finalidad fue enviada a los principales agentes napolitanos acompañada de una nota en la que se explicaba la utilización que de la misma se debía hacer:

D'ordine del Re le rimitto qui unito lo storico di tutte le pratiche e degli incessanti sforzi fatti dalla M. S. presso le Potenze di Europa per far trionfare la causa dell'Infante d. Carlo, dopo che per la nuova legge sanzionata da Ferdinando Settimo ed inseguito della di lui morte fu alterata quella di Filippo V per la successione al trono della Spagna.

È volontà del Re che tale documento serva per sua sola norma e lo tenga ella riservato per lei fino a che non si vegga obbligato di rispondere, lo che farà sempre verbalmente, a qualche conversazione che possa intavolarsi sull' asunto sia da codesto Ministro degli Affari Esteri sia da qualche altro diplomatico di Potenza Straniera<sup>2</sup>.

No deja de sorprender que se indique expresamente que en modo alguno puede ser enseñado el documento, señal indudable de que no se quería ni podía entrar en un intercambio de notas sobre los hechos que se trataban en el mismo. Asimismo se añadía que debería servir «per rispondere a qualche incaricato di d. Carlos o a qualche altro spagnuolo di questo partito». La destrucción de una parte importante de los fondos diplomáticos del Archivio di Stato di Napoli, impide conocer el uso que se hizo de este documento.

La decisión del reconocimiento es necesario enmarcarla en el contexto de la política francesa que intentaba definir su propia área de influencia. Tras la conquista de Argel, Francia aspiraba a un dominio sobre el Mediterráneo occidental que le permitiese al mismo tiempo un mejor control de sus conquistas en el Norte de África<sup>3</sup>. Uno de los primeros puntos parecía consolidado tras la expulsión de España del Regente Espartero, valedor de los intereses de Inglaterra, por una conjunción de moderados y progresistas apoyados por Francia.

El segundo campo de interés francés era la península italiana en donde debía contender con los intereses austríacos<sup>4</sup>. La conclusión del tratado de comercio con el Reino de Cerdeña-Piamonte, parecía trascender los simples límites de los aspectos económicos. Respecto a Nápoles, hay que señalar que Fernando II había tratado de realizar, en sus primeros años de reinado, una política fuera del control estricto de Austria<sup>5</sup>. Uno de los medios pensados por Luis Felipe para consolidar esta alianza era la política matrimonial<sup>6</sup>. Por ello se defendía la elección de un Príncipe napolitano como futuro esposo de Isabel II, halagando a Fernando II con la idea de que tal matrimonio sería útil a su Familia y a su país.

Pero Guizot consideraba que el apoyo francés a esta propuesta implicaba necesariamente que Nápoles procediese al reconocimiento de Isabel II. De esta forma se alejaba a Fernando II de la tutela de Austria, que consideraría tal acto como un abandono de los principios que inspiraban la política de las Potencias Conservadoras<sup>7</sup>. Sin embargo, los diplomáticos napolitanos trataron de presentar el hecho como una decisión propia de la que quedaban excluidas las presiones de Francia<sup>8</sup>.

Al parecer su autor fue el diplomático napolitano Paolo Versace, quien nació en 1798 en Bagnara, siendo hijo de Pier Francesco, que llegó a ser Director General de Aduanas<sup>9</sup>. En 1822 ingresó en la carrera diplomática y cuatro años más tarde pasó a ocupar la Secretaría de la Embajada en París, en sustitución del Barón de Antonini. En dicha Legación fue testigo de la revolución de 1830 y de la guerra de sucesión española, ya que en París se centralizaba gran parte de las decisiones adoptadas por todas

las Cortes en relación al conflicto carlista.

En agosto de 1839 fue enviado a Inglaterra a negociar la resolución de las diferencias entre Fernando II y su hermano Carlos, quien se había casado con una súbdita británica; y el acuerdo sobre comercio de azufre. En marzo del siguiente año fue nombrado Secretario de la Legación en Francia, a cuyo frente estaba el Duque de Serracapriola. A finales de 1840 se le llamó a Nápoles para ocupar la plaza de Jefe de sección del Ministerio, en cuyo cargo permaneció hasta 1848. En el ejercicio de esta responsabilidad se encargó de la redacción de esta memoria. A principios de 1848 desempeñó una misión extraordinaria en Suiza para tratar el tema de los mercenarios de dicha nacionalidad. Durante su estancia en el Ministerio fue el responsable de la preparación de numerosos tratados de comercio suscritos por Nápoles. Falleció el 4 de enero de 1863.

Dicho texto fue utilizado por Carignani para escribir su obra sobre Versace, y cita textualmente varios párrafos del mismo.

El escrito pretende ser un resumen de la actuación de Fernando II del que se ha eliminado cualquier valoración peyorativa que hubiesen hecho las Potencias Conservadoras sobre la misma. Si creemos la versión que se nos da sobre la participación de Nápoles en la cuestión española, tendremos una idea completamente equivocada pues atribuiremos a Fernando II un papel rector en la misma cuando estaba muy lejos de ser así<sup>10</sup>. Las expresiones complacientes sobre la actitud napolitana son numerosas:

Quantunque la condotta che il Re Ferdinando II ha seguita nella questione Spagnuola fin da primi anni del suo felice avvenimento al Trono, *abbia meritato il plauso non solo dei Gabinetti conservatori, ma la tacita ammirazione della Spagna*, per la perseveranza con che ha Egli sostenuto la causa della Legittimità, pure per dissipare ogni ombra di velleità o di non sana politica, che la riconoscenza della Regina Isabella ha potuto lasciare negli spiriti, esporremo il più rapidamente possibile, a traverso le fasi e le transizioni subite dalla quistione Spagnuola, le pratiche, i tentativi, *i sagrifizi fatti dal Re Nostro Signore pel triunfo di una causa in cui (è forza confessarlo) le parti come Lui interessate non lo hanno che debolmente secondato*<sup>11</sup>.

Sorprende la afirmación sobre la ausencia de seguimiento de sus iniciativas. Si analizamos los hechos de una forma imparcial vemos que los diversos intentos de llegar a un reconocimiento fracasaron por la oposición austríaca que no consideraba oportuna la medida, razones que finalmente Nápoles siempre pareció aceptar. Por otra parte tal como el Príncipe Metternich escribió en varias ocasiones, Fernando II era dueño de sus actos y no tenía por qué aceptar imposiciones ni pedir permiso para actuar en una cuestión en la que los intereses de familia le situaban en una situación especial respecto a la de las Potencias. Resulta aún más

falsa la afirmación sobre la aportación económica que había hecho llegar a don Carlos:

*Il Re di Napoli non si limitava in quelle contingenze agli sterili voti per la pronta riuscita della buona causa, ma faceva pervenire al Quartiere Generale di D. Carlo vistose somme per accorrere a' bisogni dell' Armata Reale, non potendo per certo mandare un esercito per agevolare l' impresa del Suo Augusto Parente.*

El Soberano napolitano se mostró sordo a todas las peticiones que le hicieron los carlistas y las Potencias Conservadoras para que enviasen recursos económicos a don Carlos y se mantuvo en esta situación hasta fines de 1837. La política napolitana respecto a España, durante la guerra carlista, estuvo dominada por la inoperancia y la verborrea. Nicomede Bianchi al enjuiciar una circular napolitana de 13 de octubre de 1835 la califica de una forma que podía ser extendida a todo el período: «Ma a questo garrulo e spavaldo fraseggiare in fervor di zelo per don Carlo non corrisposero poscia i fatti»<sup>12</sup>.

Las razones esgrimidas por Fernando II están orientadas a fundamentar una doble argumentación: el reconocimiento realizado por Nápoles ayudará a reforzar el giro moderado que se ha apreciado en España; Nápoles defiende los intereses de su familia que estaban siendo olvidados en la elección del esposo de Isabel II, en cuya negociación estaban implicadas incluso las Cortes Conservadoras.

Una de las tesis fundamentales del escrito es que la política europea sobre España estaba determinada por las iniciativas napolitanas. El rechazo inicial estuvo precedido por la protesta napolitana de 1830; la negativa al reconocimiento fue hecha a instancia de Nápoles, y en todos los momentos álgidos fueron las circulares del Ministerio de Asuntos Exteriores napolitano las que movilizaron las conciencias de los diversos Gobiernos.

Se inicia el texto con la afirmación de que siempre se ha adoptado como norma fundamental de la actuación política la defensa del principio de la legitimidad. Para demostrar que era la principal línea de actuación no dudaban en afirmar que la promulgación de la Pragmática en 1830 fue rechazada por todas las Cortes Conservadoras, cuando el rechazo provino casi exclusivamente de las afectadas por cuestiones de familia, es decir por los Borbones.

Una parte importante del escrito hace referencia al papel clave jugado por Nápoles en la negociaciones surgidas tras los sucesos de La Granja, cuando la Reina Gobernadora escribió a su hermano a fin de que le facilitara la salida de España. Dichos párrafos están copiados de las instrucciones que se dieron al Marqués de La Grua en 1838, con motivo de la misión que se le encomendó para continuar las gestiones que había ini-

ciado el Barón de Milanges<sup>13</sup>.

La evolución durante la guerra viene marcada por tres elementos fundamentales: las protestas iniciales que sirvieron para despertar a las Potencias sobre los peligros que corría la legitimidad; las iniciativas de Nápoles a través de diversos documentos que sirvieron para mantener vivo el apoyo a don Carlos; las misiones napolitanas que podían haber facilitado una salida a ambos contendientes, concluyendo la guerra con un respeto a los principios de la legitimidad.

Finalizado el conflicto la diplomacia napolitana se volcó en la defensa de don Carlos, al que consideraba que se encontraba prisionero de Francia en la ciudad de Bourges.

Pero a pesar de sus afirmaciones los diplomáticos austríacos habían observado una variación notable en los presupuestos de Fernando II. Opinaban que tras la paz de Vergara (31.VIII.1839) el Monarca napolitano consideraba que don Carlos «s'étant personnellement décrédité, la cause était irrévocablement perdue»<sup>14</sup>; y en consecuencia pensaba que era necesario finalizar un conflicto que no hacía sino prolongarse de forma sangrante e inútil. Lebzelttern atribuía este cambio a las opiniones manifestadas por el Infante don Sebastián Gabriel, quien se había alejado de don Carlos, tras la derrota carlista en territorio vasco; y a que se estaba confundiendo el principio de la legitimidad con la persona de don Carlos. Era evidente que éste había sido derrotado y se había desacreditado, pero ello no implicaba que tuviese que ser abandonada la defensa del principio.

Al tiempo que se constataba este cambio, se señalaba que María Cristina planteaba el deseo de encontrar un esposo para su hija entre sus hermanos. La salida de María Cristina de España y el papel preponderante de Baldomero Espartero al frente del Gobierno eliminaban las posibilidades napolitanas en favor de la decisión propuesta por Inglaterra.

Sin duda por esta razón, el Monarca napolitano defendió la idea de una boda entre Isabel II y el hijo de don Carlos, postura que era propiciada por Metternich. Para hacer más aceptable la propuesta debería ir acompañada de la renuncia de don Carlos a la Corona española. De esta forma se defendía parcialmente los derechos de los descendientes de don Carlos.

En esta ocasión, según el documento, también las naciones acabaron aceptando la propuesta de Fernando II, incluso Inglaterra que veía inevitable la caída de Espartero. Pero del propio texto se puede inferir que la versión estaba convenientemente manipulada. No resulta lógico que la respuesta a la supuesta propuesta napolitana fuese dada por don Carlos a Austria, como se señala en el mismo.

Determinadas informaciones tienden a configurar la descripción de una situación según la cual todos habían abandonado el apoyo incondicional a don Carlos, para de esta forma justificar el reconocimiento napolitano a Isabel II. Fernando II añadía además la necesidad de preocuparse por la defensa de los intereses de familia, sobre todo cuando Francia parecía abandonar el apoyo inicialmente conferido a la propuesta de la boda entre los Príncipes de Asturias.

#### CENNO STORICO DEGLI AVVENIMENTI RELATIVI ALLA NUOVA LEGGE DI SUCCESSIONE IN ISPAGNA DAL 1830 AL 1844

L'atto solenne, con cui Sua Maestà il Re del Regno delle Due Sicilie ha guari riconosciuto nell'Infante Donna Isabella la Regina delle Spagne, è sembrato produrre nell'animo di coloro, che precipitano i loro giudizi senza aver prima una esatta conoscenza della cosa, un sentimento di sorpresa, come di un avvenimento inaspettato o per lo meno intempestivo.

Quantunque la condotta che il Re Ferdinando II ha seguita nella questione Spagnuola fin da primi anni del suo felice avvenimento al Trono, abbia meritato il plauso non solo dei Gabinetti conservatori, ma la tacita ammirazione della Spagna, per la perseveranza con che ha Egli sostenuto la causa della Legittimità, pure per dissipare ogni ombra di velleità o di non sana politica, che la riconoscenza della Regina Isabella ha potuto lasciare negli spiriti, esporremo il più rapidamente possibile, a traverso le fasi e le transizioni subite dalla quistione Spagnuola, le pratiche, i tentativi, i sacrifici fatti dal Re Nostro Signore pel triunfo di una causa in cui (è forza confessarlo) le parti come Lui interessate non lo hanno che debolmente secondato.

Il 29 Marzo 1830, poco tempo dopo il fausto imeneo tra il Re Ferdinando VII, e S. A. R. la Principessa D<sup>a</sup> Maria Cristina, fu pubblicata in Madrid la Prammatica Sanzione con cui venne stabilito il nuovo ordine di successione nelle Spagne, derogando a quello promulgato dal Re Filippo V, con la legge de' 10 Maggio 1713.

Grande fu l'agitazione che questo avvenimento produsse in tutt'i Gabinetti conservatori, i quali altro non videro nel nuovo atto del Re Cattolico, che un attacco diretto contro il principio della Legittimità, base e sostegno di ogni Monarchia: e più grande ancora fu il risentimento del Re Carlo X allora regnante, che nel lodevole scopo di mantenere illeso l'edifizio innalzato da Luigi XIV, guarentito dalle principali Potenze di Europa, e riconosciuto non solo dalla Nazione Spagnuola, ma da molti e vari Trattati fra le dette Potenze consecutivamente stipulati, impiegò ogni mezzo, d'accordo col Governo di Napoli, per indurre il Re di Spagna a rivocare la Prammatica anzidetta.

La rivoluzione avvenuta in Francia in Luglio 1830, cangiò, con la nuova Dinastia ch'elevò su quel Trono, gl'interessi politici ch'esistevano tra quello Stato e la Spagna, ed il Re Luigi Filippo, obbedendo alle esigenze del novello ordine di cose, rimase inerte ne' primi anni del suo regno, in una quistione che avea sì vivamente preoccupato l'animo del suo predecessore.

Asceso al Trono de' suoi Maggiori il dì 8 Novembre 1830, il Re Nostro Signore, continuò l'opera cominciata dal Suo Augusto Genitore; e noi vedremo con lo svolgere degli avvenimenti, con quale perseveranza, con qual calore ha Egli procurato quando n'era tempo ancora, di disperdere il turbine che minacciava la Spagna.

Trovavasi in Parigi, reduce di fresco dalla Sua Missione al Brasile, il Barone Antonini, a cui il Re, conferendo il carattere di Suo Incaricato d'Affari presso Sua Maestà Cattolica, gli dette come precipua incumbenza, quella di mettere tutto in opera per far rinvocare la Prammatica Sanzione de' 29 Marzo 1830.

Incessanti ed energiche furono le pratiche di quel Regio Diplomatico per raggiungere lo scopo, che tanto stava a cuore del Re Nostro Signore, ed un momento anche fuvvi, in cui il successo più felice sembrò aver coronata la sua opera, quando ritornato al Suo fatale proponimento, volle Ferdinando VII lasciare alla Sua Famiglia, al Suo popolo, alla Sua Patria un retaggio di civili discordie e di lotte intestine.

Con Decreto pubblicato il 4 Aprile 1833, vennero convocate le Corti Spagnuoli, perché nel dì 20 del Seguento Giugno avessero prestato solenne giuramento alla Serenissima Infante D<sup>a</sup> Maria Isabella Luisa come Principessa Ereditaria della Corona delle Spagne, ricognoscendo con tale atto il nuovo ordine di successione stabilito con la nuova citata Prammatica.

A tal Decreto il Re Nostro Signore, rispose immantinenti con la protesta del 18 Maggio 1833, comunicata a tutte Le Corti di Europa, con la quale vennero esse pienamente informate della ferma volontà del Re di non riconoscere quella nuova Legge di successione al Trono di Spagna, e delle altre ragioni che ne infermavano la validità. Protestava altamente contro ogni atto che avesse potuto ledere o alterare, anche menomamente i principî che hanno finora servito di base allo splendore ed alla potenza della Casa de' Borboni, ed agli eventuali dritti innegabili e sacri che al Re, alla Famiglia ed a' discendenti suoi sono stati legittimamente tramandati in forza della Legge fondamentale di successione costantemente osservata, e col prezzo di immensi sacrifici.

Nulla poté far desistere il Re Ferdinando VII dal passo a cui la fatalità lo spingeva, ed il 20 Giugno 1833, a norma del decreto del 4 Aprile dello stesso anno, si riunirono le Corti Spagnuole, prestarono l'imposto giuramento, e sanzionarono con ciò la nuova Legge di Successione alla Corona delle Spagne.

Avvenuta poi l'infausta morte di quel Sovrano, e da una porzione del popolo Spagnuolo riconosciuta Sua Figlia Isabella, il Re Signor Nostro, coerente a' principî da Lui proclamati, fu sollecito a richiamare da quella Corte il Suo Incaricato d'Affari, e le pratiche le più efficaci, le premure le più calde furono contemporaneamente dirette a tutte le Corti Amiche, perché non avessero riconosciuto l'Infanta Isabella, mostrando loro che il dritto, la ragione e la Giustizia stavan soli per D. Carlo.

Né qui si stette, ma profittando di tutte le occasioni che si presentavano, continui uffizî fece il Re dirigere alle Corti Straniere, perché salde rimanessero nella saggia determinazione di non riconoscere Isabella, prestando così un appoggio morale al legittimo erede di quella monarchia.

Alla semplice lieta nuova che pervenne in Napoli di aver D. Carlo messo il piede sul territorio Spagnuolo, appositi corrieri furono prontamente spediti alle Corti conservatrici per indurle co' più validi argomenti a ritirare i loro rappresentanti da Madrid, a prestare la loro riconoscenza al prelodato Principe, e ad ajutarlo in tal guisa nella sua impresa, moralmente almeno, se le ragioni di stato vietassero di farlo con tutte le forze loro.

La Prussia applaudì a' sentimenti personali del Re, ed alle sagge massime che dirigevano la sua politica nella quistione Spagnuola: riconobbe la Giustizia della causa dell'Infante D. Carlo, e i suoi titoli legittimi al Trono di Spagna, ma credette non esser giunto il momento in cui la riconoscenza di D. Carlo potesse essere pronunziata senza produrre complicazioni tali da divenir funesta alla causa stessa, che si voleva servire. Una delle conseguenze, e forse la più immediata della riconoscen-

za delle Corti del Nord sarebbe stata, secondo le previsioni del Gabinetto Prussiano, l'intervento attivo e materiale della Francia in Ispagna, non ostante la ripugnanza e l'opposizione personale del Re Luigi Filippo. La Prussia raccomandava in pari tempo al Re Nostro Signore di non abbandonare una attitudine che i Suoi Alleati credevano dovere ancora conservarsi; e che essa riguardava come una grande sventura per Napoli, per l'Europa in generale, e per la causa stessa della Legittimità in Ispagna un atto formale di riconoscenza dell'Infante D. Carlo dalla parte della Corte delle Due Sicilie.

L'Austria si esprime in sensi uniformi per ciò che riferivasi alle istanze fatte dal Re Signor Nostro di riconoscersi sollecitamente D. Carlo da' Gabinetti del Nord, ma in opposizione poi à consigli suggeriti dal Gabinetto di Berlino, approvava ed incoraggiava l'idea della riconoscenza isolata del Re di Napoli, come colui che trovavasi rimpetto a D. Carlo in una posizione di principî e d'interessi diversa da quella delle Corti del Nord.

La Russia indifferente sulle prime alla quistione Spagnuola per la distanza che le separava dal teatro della guerra, dimostrò in seguito di voler seguire la stessa linea di politica e di azione delle altre due Grandi Potenze conservatrici. Convien dire però che tutti que' Gabinetti non solo furon solleciti a richiamare da Madrid i loro rappresentanti dopo gli avvenimenti della Granja, ma all'appello fatto dal Governo Napoletano, risposero con l'invio di forti somme al Quartiere Generale di D. Carlo, nel disegno di accelerare [*sic*] il trionfo delle sue armi; e fra le corti istesse citeremo con elogio la Sardegna, la quale ha fatto de' sacrifici pecuniarî di non lieve momento, per ajutare e sostenere l'Infante D. Carlo nella sua gloriosa impresa.

Intanto non si tralasciava dal Re Nostro Signore di stimolare lo zelo dei suoi rappresentanti presso le Corti di Francia e d'Inghilterra, onde avessero con le loro pratiche procurato di arrestare l'esecuzione di progetti contrarî alla Giustizia ed alle massime del dritto internazionale, che que' Governi avessero potuto meditare contro D. Carlo, lasciando almeno le due parti belligeranti liberamente lottare in Ispagna con le proprie forze, e decidersi dal dubbio evento della vittoria il destino di quella contrastata Corona.

La fortuna sembrava sorridere alle armi di D. Carlo, e tali furono i successi riportati da' prodi della legittimità, che giunsero di trionfo in trionfo sino alle porte di Madrid.

Il Re di Napoli non si limitava in quelle contingenze agli sterili voti per la pronta riuscita della buona causa, ma faceva pervenire al Quartiere Generale di D. Carlo vistose somme per accorrere a' bisogni dell'Armata Reale, non potendo per certo mandare un esercito per agevolare l'impresa del Suo Augusto Parente.

Fu dopo i gravissimi avvenimenti della Granja, che S. M. la Regina di Spagna, intimorita per le conseguenze deplorabili di quel sistema cotanto disordinato, sentì il bisogno di far conoscere al Suo Augusto Fratello il re Signor Nostro, ch'Ella era in tutto estranea agli atti atroci di un Governo, nel quale non avea esercitato che un potere fittizio, e che era suo ardente desiderio il sottrarsi da una così odiosa tirannia, rifugiandosi con le figlie nelle braccia dell'amoroso germano, e tal era lo spavento che compreso avea l'animo dell'Augusta Signora, che, null'altro bramando che la sua liberazione, ed obbliando quasi se stessa, niun patto, niuna esigenza pretendea, tranne la salvezza delle figlie, ed il risparmio della vita delle persone aderenti alla Sua causa.

A comunicazioni di tanto momento sentì il Re Signor Nostro quel che le gravi circostanze gl'imponevano nella doppia qualità di Re interessato al trionfo della buona causa, e di Fratello affettuoso, cui l'amore non che l'umanità spingevano al soccorso dell'infelice Regina e Sorella.



In mezzo a siffatte triste preoccupazioni, non isfuggì all'alta penetrazione del Re esser quello il momento propizio di mettere un termine, con l'evasione della Famiglia Reale di Spagna, alla lotta civile che desolava quel Regno. Conobbe quindi esser mestieri di spedire al Quartiere Generale di D. Carlo un Agente Segreto, il quale esponendogli le cose nel loro vero stato, lo avesse persuaso a separare la causa della Vedova Regina da quella della rivoluzione, accogliere le preghiere di Cristina col salvarla dal furore de' rebelli, e col fissare la futura sorte sì di Lei che delle Figlie, e quell'ancora della Infante D<sup>a</sup> Luisa e sua Real Famiglia: cercando poi l'Agente medesimo il mezzo di penetrare in Madrid, per concertare con quelle Reali Persone il modo di effettuare [*sic*] la loro evasione.

Il Barone di Milanges, persona intraprendente, ardita, e al tempo stesso devota fu spedito a D. Carlo nell'ottobre 1836 con sì delicata Missione. Ponderò questi le sagge ragioni messe innanti dal Re Suo Augusto Nipote; ne accettò l'alta mediazione, e dopo di aver udito il Suo Consiglio, deliberò di spedirsi ordine a' Generali, perché avessero fatto ogni sforzo per salvare le Auguste Persone, dichiarando, che allorquando la Regina Cristina avrebbe fatto al Quartiere Generale l'atto formale della riconoscenza de' dritti legittimi di D. Carlo, immantinenti avrebbe questi riconosciuto i dritti di Lei come Regina Vedova di Ferdinando VII, e quelli altresì delle figlie come Infanti di Castiglia.

Tali generose condizioni non furono dall'Agente Napoletano portate alla conoscenza della Regina Cristina per motivo delle contrarie circostanze della Guerra, che in Agosto 1837, allorché le Armate Carliste si avvicinavano a Madrid.

Accolse la Regina la invocata mediazione del Suo Augusto Fratello, e rispose che in quanto a se non vedeva il momento di sottrarsi dalle mani di que' faziosi, purché due cose Le si salvassero, cioè che la Figlia non avesse un giorno a rimproverarle di averle fatto abbandonare la Corona, e che le persone, che si erano sacrificate per Lei, non Le dessero la taccia di averle ancora abbandonate. Espose la M. S. nel tempo medesimo le grandi difficoltà che si opponevano alla di Lei evasione da Madrid, a causa dell'attiva sorveglianza de' rivoluzionari.

Incalzando poi gl'avvenimenti e temendosi a giusta ragione della sicurezza sì delle Reali Persone, che del noto Agente, S. M. la Regina consigliò a quest'ultimo di allontanarsi da Madrid, ed intanto lo avviò presso il suo Tesoriere, persona alla M. S. devotissima ed oltremodo fidata, il quale gli fece comprendere, che assai scarso compenso offrivasi alla Regina pe' sacrifici che da Lei si pretendevano, e che qualunque sinistra combinazione avesse potuto derivare dalla fortuna delle armi, non Le sarebbe mai stato difficile di assicurarsi una posizione più vantaggiosa di quella che Le veniva offerta.

Tali ostacoli arrestarono il corso della trattativa, tanto più che variando poi gli avvenimenti della guerra, D. Carlo si restituì nella Navarra.

Sebbene svanite fossero le speranze concepite dal Re Nostro Signore per quella conciliazione, pure la Missione del Noto Agente non fu reputata infruttuosa, avendo messo a nudo la vera posizione delle cose in Ispagna, il che fece sorgere nell'animo del Re l'idea che si potesse facilmente riprendere l'interrotta trattativa tra la Regina Cristina e D. Carlo. Ed a ciò era indotto il Re dalla considerazione, che gli eventi della Guerra essendo allora incerti per entrambi le parti contendenti dovea da un lato esser convinta la Regina che quello stato di cose non potea durare alla lunga, che le redini del potere sarebbero presto ricadute nelle mani degli esaltati, e che i suoi giorni e quelli delle figlie avrebbero potuto trovarsi sposti a pericoli forse maggiori de' già corsi, e che dall'altra parte non potea D. Carlo non osservare, che con le semplice sue forze era vana la speranza di poter giungere a Madrid, e che altre vicende ancor più terribili avrebbero potuto sopravvenire da rendere intermi-

nabile quella lotta.

Saldo in tale proponimento, e nella lusinga di porre un termine agli orrori della Guerra, col far trionfare la causa della Legittimità, il Re Nostro Signore, a cui era nota la fiducia che il Principe di Carini nella sua dimora in Ispagna, avea saputo meritare, tanto dalla Regina Cristina, quanto da D. Carlo, lo destinò a negoziare presso i suoi Augusti Parenti la bramata conciliazione, munendolo di Reale Lettera Autografa pel suo Augusto Zio.

Le basi su cui poggiava la trattativa erano le seguenti:

1°. Aumentare l'assegnamento della Regina Vedova di Spagna.

2°. Costituire un assegnamento alla seconda Figlia della Regina.

3°. La promessa di matrimonio del Principe di Asturias con la Principessa D<sup>a</sup> Isabella, ferma però restando la successione secondo la Legge di Filippo V.

4°. Quando dopo tale promessa fosse pur necessario darsi al Principe di Asturias fin d'allora il titolo di Re di Castiglia o di Aragona o di Leon, unicamente per fare che l'Infante conservasse quello di Regina.

5°. Conservarsi all'Infante D<sup>a</sup> Luisa l'assegnamento ed i suoi beni.

6°. Finalmente il perdono delle persone che aveano sostenuto il partito della Regina, conservando i gradi, le pensioni, e gli onori della truppa, purché avessero cooperato sì quelle che questa all'esecuzione dell'accordo.

Giunse il Principe di Carini in Maggio 1838 al Quartiere Generale di D. Carlo, ed avendo fatto palese l'oggetto della sua commissione, ottenne da quel Real Principe piena annuenza all'offerta conciliazione.

Le rispose però della Regina Cristina vennero tosto a distruggere le concepite speranze, dichiarando formalmente, che le proposizioni relative agl'interessi particolari poteano essere da Lei ammessi, ma non così il progetto di matrimonio tra il Principe di Asturias e l'Infante Isabella, perché, secondo Lei, non avrebbe tale unione presentata sicurezza per alcuno, e non ne sarebbe risultato né la pace della Famiglia, nè quella della Nazione.

Nuove e più vive premure faceva giungere il Re al Principe di Carini, onde avesse con tutt'i possibili mezzi procurato di richiamare la Regina al sentimento della critica posizione, in cui Ella e la Sua Famiglia trovavansi, e deciderla ad abbracciare il partito che Le si offeriva. Vani furono gli sforzi, le pratiche i tentativi che lo zelante Negoziatore impiegò per vincere la ripugnanza di quella Sovrana, e realizzare la nobile e generosa idea del Re Nostro Signore.

Intanto un avvenimento inaspettato, fatale alle armi della Legittimità, quale fu il tradimento di Maroto, mise il disordine nell'armata Carlista, ed obbligò D. Carlo a riparare colla Sua Famiglia sul territorio Francese.

Apposite istruzioni furon subito spedite al Regio Rappresentante in Parigi perché si fosse cooperato presso quel Governo, onde fosse permesso all'Augusto Zio del Re Signor Nostro e alla di Lui Famiglia il libero passaggio per la Francia; e che venisse trattato con tutt'i riguardi dovuti al Suo alto rango, e ad un Principe della Famiglia Borbone.

Intanto il Re, seguendo le generazioni [*sic*] ispirazione del Suo Cuore, offriva dal canto suo sincera e cordiale ospitalità all'Infante D. Sebastiano non solo, ma benanche al di Lui seguito, che i rovesci delle Armi Carliste scacciavano dalla Sua Patria.

Contro ogni previsione, e contro ogni principio di diritto e di ragione, il Gabinetto Francese, o per meglio dire la maggioranza de' suoi membri, in aperta opposizione del Re Luigi Filippo e del Maresciallo Soult, decise di ritenersi il Reale Infante in Francia sino all'apertura delle Camere, come pegno dell'efficace parte, che quel Governo prendeva al Trattato della Quadruplice Alleanza.

Niun'occasione da quell'epoca in poi lasciò il Re sfuggire per reclamare la liberazione del Suo Augusto Zio, sia direttamente da' Gabinetti di Francia e di Londra, sia indirettamente dalle Potenze conservatrici che la comunità di principî e la preponderanza della loro voce mettevano in grado di agire e di farsi ascoltare.

Il trattato de' 15 Luglio 1840, con cui le Grande Potenze di Europa, sostenendo l'integrità dell'Impero Ottomano, davano la misura del loro rispetto al principio della Legittimità, sembrò al Re Signor Nostro un'occasione propizia per richiamare l'attenzione di quelle Potenze sulla critica posizione del Prigioniero di Bourges, la cui causa non era men santa di quella che destato avea a un sì alto grado le simpatie di quelle Corti.

Volle il Re che i Suoi Ministri in Vienna, Berlino, Pietroburgo, Roma e Torino avessero fatto le pratiche le più energiche presso que' Gabinetti; onde ottenersi, mercé l'opera de' tre primi, ed i buoni uffizî de' due ultimi, la liberazione di Don Carlo, non che l'adozione di misure atte a porre un termine allo Stato di anarchia che desolava la Penisola Spagnuola.

E successivamente la M. S. ordinò agli stessi Regî Ministri di far sentire alle cinque summentovate Corti, che laddove s'incontrasse ostacolo a che D. Carlo montasse sul Trono delle Spagne, Sua Maestà sperava che il principio della Legittimità non sarebbe del tutto obliato [*sic*] e manomesso, e che le Potenze conservatrici s'interporrebbero efficacemente, perché venisse collocato su quel Trono il Figlio primogenito di D. Carlo.

Il Gabinetto Austriaco esprime in apposita Nota le sue apprensioni sulla riuscita delle pratiche tendenti a conseguire la liberazione dell'Infante in un momento in cui le passioni nazionali erano state eccitate in Francia per modo, che il Re Luigi Filippo non avrebbe creduto prudente di accogliere tale domanda, ma che non di meno quel Gabinetto si sarebbe occupato della liberazione di quella famiglia. Ragionando poi delle misure atte a mettere un termine allo stato anarchico della Spagna, il Principe di Metternich disse a quel Regio Ministro, che conveniva andar piano per non far peggio.

Il Gabinetto Prussiano mostrò vivo interessamento alla penosa situazione dell'Infante; convenne che il ritorno del principio monarchico in Ispagna avrebbe potuto solo restituirvi l'ordine e la tranquillità, ed assicurò che per tale assunto erasi messo in corrispondenza col Governo Austriaco, onde agire di concerto appena le circostanze sarebbero lor sembrate favorevoli.

Da ultimo il Gabinetto Russo, protestando di eguali sentimenti a riguardo della Spagna, e particolarmente dell'Infante D. Carlo, dichiarò esser pronto ad entrare in deliberazioni con le Corti Alleate, nel salutare scopo di apprestare un rimedio a' mali della Spagna, se una combinazione si fosse presentata da esercitarvi un utile influenza; e che per quanto concerneva la posizione personale di D. Carlo, l'Ambasciatore Russo in Parigi avrebbe ricevuto ordine di appoggiare co' suoi colleghi di Austria e di Prussia i passi dell'Ambasciatore Napoletano.

Alle pratiche de' rappresentanti Austriaco e Prussiano rispose il Gabinetto Francese, che le circostanze del momento eran tali da non potersi mettere in libertà l'Infante, per timore che non fosse questi ritornato in Ispagna, e che d'altronde Egli non desiderava di lasciare Bourges *ove trovavasi bene*.

L'Ambasciatore Russo non dette alcun passo, perché non credette esser quello il momento favorevole.

Il Regio Ambasciatore insistendo poi con più forza presso il Re Luigi Filippo perché si fosse messo un termine alla scandalosa prigionia di D. Carlo, ricevette da quel sovrano l'assicurazione, «che si sarebbe data la libertà all'Infante quando si avrebbe potuto: che non gli sembrava possibile ch'EI potesse regnare, ma che forse

circostanze favorevoli avrebbero potuto presentarsi pel Figlio».

Mr. Guizot del pari dichiarò che nulla poteva farsi allora per la liberazione di D. Carlo senza esporre la Spagna a nuova Guerra Civile, ciò che doveasi evitare onde far sì che quello stato di cose, da se stesso distruggendosi, l'intervento delle Potenze si fosse reso efficace.

Eguali pratiche furon dirette al Gabinetto Inglese, che sembrava esercitare in quell'epoca una esclusiva influenza sulle cose di Spagna, ed il medesimo dichiarò, che non incontrava difficoltà veruna alla partenza di D. Carlo da Bourges, purché fissata avesse la sua dimora in un sito qualunque de' dominî Austriaci.

Si era allora sul finire del 1840, allorché la Regina Cristina, forzata dagli avvenimenti ad abbandonare la Spagna, venne in Roma a fissarsi per breve tempo la sua dimora. Desiosa di recarsi in Napoli per rivedere i Suoi Augusti Parenti, fece sentire al Re Nostro Signore, che non avrebbe dato compimento a quel vôto del suo cuore prima che la M. S. non l'avesse invitata a venire in Napoli. Coerente sempre a' principî professati sin dall'origine della quistione Spagnuola, e facendo per un momento tacere il sentimento di tenera affezione per l'Augusta Sorella, credette il Re di non poter deferire alle domande di quest'ultima, ma le fece però conoscere per mezzo e della Regina Madre e del Regio Ministro in Roma che volendo venire in Napoli sarebbe stata ricevuta con quella cordialità affettuosa, con cui S. M. ha sempre accolti i suoi Augusti Congiunti. Ognun sa che la Regina Cristina lasciò Roma senza recarsi in Napoli.

Allorché notizie positive fecero conoscere che le Grandi Potenze si occupavano seriamente delle misure proprie a mettere un termine allo stato commiserevole della Spagna, e con ispecialità del matrimonio dell'Infante D<sup>a</sup> Isabella, e che l'Inghilterra e la Francia dichiaravano solennemente esser l'una indifferente al futuro sposo d'Isabella, purché non fosse un Principe della Casa d'Orleans; e l'altra non permettere che altro Principe fuorché un Borbone qualunque sposasse l'Infante, il Re Nostro Signore, facendo la dovuta parte alle circostanze del momento, non che agli ultimi avvenimenti della Penisola Spagnuola, dava a' suoi rappresentanti allo straniero, come regola di condotta in così grave emergenza, le seguenti istruzioni.

Esauriti i mezzi per elevare D. Carlo al trono di Spagna, altro rimedio non esservi per salvare il principio della legittimità, che indurre l'Infante a rinunziare in favore del Principe di Asturias i suoi dritti alla Corona; e che un matrimonio si combinasse tra il prelodato Principe come Re di Spagna, e D<sup>a</sup> Isabella, non potendo la M. S. menomamente ammettere che si fosse dato un semplice marito all'Infante, ma sì bene un Re alla Spagna.

La Francia dal canto suo inviava presso le altre Grandi Potenze un Suo Agente Diplomatico, come interprete di suoi disegni sulle cose di Spagna, per ottenere l'assentimento e la cooperazione loro al buon esito dell'unione tra il Principe di Asturias e D<sup>a</sup> Isabella.

Lord Aberdeen stando ancora Esartero alla testa della Reggenza Spagnuola, diceva al Regio Ministro in Londra esser l'Inghilterra interamente indifferente al progetto d'abdicazione di D. Carlo in favore del Figlio; e che avendo quel Gabinetto riconosciuto la Regina Isabella, non poteva supporre alcun dritto in D. Carlo, né prendere ingerenza diretta a siffatta abdicazione; soggiungendo che l'interesse britannico e le vedute di sua politica si opponevano ad ogni alterazione di Dinastia, ed al riconoscimento del Principe di Asturias qual Re di Spagna, ma che poteva divenir questi marito della Regina Isabella, senza però veruna prerogativa di Autorità Reale. Finì Mylord col dire esser sua opinione che nell'interesse di tutt'i partiti era meglio impedire pel momento ogni matrimonio, e che questa sua opinione era comune anche con l'Austria, siccome scorgevasi da un dispaccio di fresca data del

Principe di Metternich che quel Ministro Inglese rese ostensibile.

Allorché la caduta di Espartero parve inevitabile al Gabinetto Inglese, le sue vedute sulla Spagna si modificarono; ed in un colloquio avuto col rappresentante Napoletano, Lord Aberdeen fece comprendere, che quel Governo non solo vedrebbe senza opposizione il Matrimonio fra Isabella ed il Principe di Asturias, me che lo favorirebbe con tutt'i suoi mezzi; dichiarando altresì non poter l'Inghilterra apertamente e sulle prime distruggere l'opera di molti anni e di molte rivoluzioni, col presentare agli Spagnuoli e sostenere in faccia all'Europa il cennato Principe come Sovrano; ma che qualunque movimento in di Lui favore, sia nell'occasione del matrimonio, sia dopo, otterrebbe in Londra simpatia e sostegno morale.

L'Austria sembrava cooperare dal canto suo alla realizzazione del progettato matrimonio: prestava l'orecchio alle aperture della Francia, e spediva persona presso l'Infante D. Carlo, per esporre a quel Principe, che atteso lo stato delle cose in Ispagna, il solo mezzo conducente alla salvezza di tutti gl'interessi, e segnatamente del principio di legittimità, era la sua abdicazione in favore del Figlio primogenito, da servir di base alle ulteriori negoziazioni del noto matrimonio.

D. Carlo fece sentire che nello stato di prigionia, in cui era, non poteva dare una risposta categorica; che il primo passo da darsi era quello di farlo mettere in Libertà, e che allora avrebbe fatto tutto ciò che poteva da Lui dipendere, pel bene della Spagna.

Più tardi il Real Infante, mutando avviso fece conoscere al Gabinetto Austriaco per mezzo del Conte Dameto, che era deciso ad abdicare alla Corona di Spagna in favore del Figlio sotto talune condizioni, e che consentiva al matrimonio del medesimo con la Sua Real Nipote l'Infante D<sup>a</sup> Isabella.

A tale comunicazione il Principe di Metternich rispose, che conveniva maturar bene la cosa prima di prendere un partito; che non bisognava azzardare un passo, che potesse compromettere invece di giovare; e che pel momento non poteva quel Gabinetto nulla rispondere. In somma, per quanto è sembrato allo stesso Dameto, il contegno del Principe di Metternich accusava un certo imbarazzo, come se fosse stato contrariato nel veder D. Carlo disposto ad accordare quello che da Lui si era chiesto.

Posteriormente il Principe di Metternich in Agosto 1843, in un abboccamento avuto nel suo Castello di Koenigswarth col Barone Antonini, Regio Ministro presso la Corte di Prussia, disse, che per conciliare i partiti in Ispagna, non vi era altro mezzo che il Matrimonio del Principe di Asturias rivestito de' dritti di D. Carlo con la Regina Isabella, *che regnassero congiuntamente*, e ristabilissero nella loro successione l'esclusione delle femmine dal Trono; che un tal progetto comunicato all'Inghilterra ed alla Francia, non fu gustato dalla prima, e solo in ultimo luogo era stato dalla seconda trovato buono, dichiarando però il Re de' Francesi che il matrimonio non era realizzabile perché avversa era la Regina Cristina, e che proponeva come praticabile il matrimonio tra la Regina Isabella ed il Principe di Asturias senza doppio regno: che Don Carlo dopo infinite tergiversazioni, avea consentito al matrimonio del Figlio col doppio Regno, e che forse in appresso avrebbe potuto anche aderire al matrimonio semplice. Soggiunse quel Ministro Cancelliere che le Potenze conservatrici non potevano proporre ed attivare la riuscita che del solo matrimonio col doppio regno *Carlo-Isabella*, perché conciliando questo i dritti reciproci, non conculcava il principio monarchico; ma che se le Potenze medesime potrebbero ammettere, dopo fatto, l'altro matrimonio, non potevano però proporre, non conciliando esso la quistione di diritto. Che attesa la gelosia ed opposizione tra la Francia e l'Inghilterra, nessuna delle due potrebbe, ancorché lo volesse, prendere l'iniziativa per proporre agli Spagnuoli quel mezzo di conciliazione, e che perciò l'Austria,

già in possesso dell'assenso delle altre due Corti del Nord, avrebbe agito quando si sarebbe messa d'accordo con la Francia e con l'Inghilterra, riserbando di agire poi in Madrid quando Isabella sarebbe stata dichiarata Maggiore. E finalmente terminò il suo discorso col dire che non perdeva intanto di vista i quattro altri pretendenti alla mano di D<sup>a</sup> Isabella cioè il Duca d'Aumale, il Duca di Coburgo, il Duca di Cadice, ed il Conte d'Aquila; il primo escluso dall'Inghilterra perché desiderato dalla Francia, il secondo escluso dalla Francia perché desiderato dall'Inghilterra; il terzo rigettato dalle Potenze conservatrici e dalla Francia, perché rappresentante il partito rivoluzionario, ma che avea grande probabilità di successo, se quel partito avesse avuto la maggioranza nel Cortes. Pel quarto poi il Principe Cancelliere disse esser persuaso che il Re Nostro Signore, il quale sin dal cominciamento della questione Spagnuola ha professato i principî più corretti; sarà coerente al suo atto di protesta, e non darà un Real Germano per consolidare l'usurpazione de' dritti della Dinastia, di cui Sua Maestà è Capo e Difensore.

Quantunque nel corso di questa narrativa ci siamo scrupolosamente astenuti da qualsiasi osservazione su' fatti citati, pure non possiamo serbare lo stesso contegno circa le teorie emesse dal Principe di Metternich sul proposito del possibile matrimonio tra S. A. R. il Conte di Aquila e l'Infante D<sup>a</sup> Isabella. Noi non vogliamo né predire gli avvenimenti, né osare penetrare nelle alte vedute del re Signor Nostro sulle supposizioni del Cancelliere Austriaco, ma non possiamo però non rammentare al Principe di Metternich, che il Re delle Due Sicilie non sarebbe né meno corretto ne' suoi principî, né men coerente alla protesta fatta se vedendo ogni speranza perduta per la famiglia di D. Carlo, e la Corona delle Spagne divenuto oggetto di segrete ambizioni, pensasse a salvare que' dritti eventuali che la Sua Real Dinastia vanta a quella Corona, e di cui con la protesta, che si è voluta citare come argomento in contrario, si è fatta la formale riserva.

In un seguente abbocamento che il Principe Cancelliere tenne col Cavalier Ramirez, Regio Ministro presso la Corte di Vienna, gli espresse che avea finalmente ottenuto l'adesione dell'Inghilterra e della Francia al proposto matrimonio; che Mr. Guizot dopo di aver conferito con Lord Aberdeen al Castello d'Eu avea fatto sapere per mezzo di un suo collega all'Ambasciatore Austriaco in Parigi che gli Affari di Spagna si accomodavano; che sicuro dell'adesione delle mentovate due Corti avea fatto pratiche presso D. Carlo, onde non avesse questi attraversato un progetto che salvava gl'interessi della Legittimità, e che quel Principe avea promesso la sua cooperazione. Soggiunse il Principe di Metternich, che appena si sarebbe ottenuta l'annuenza di D. Carlo, l'Austria non avrebbe differito a fare le opportune pratiche presso il Governo di Madrid, a cui si sarebbe promesso, come prezzo della sua adesione, la riconoscenza delle Corti che non lo avevano ancora riconosciuto; e che si credea non solo utile, ma necessario, di spogliare interamente il progetto di ogni idea vaga, e presentar pura e netta la proposizione del matrimonio dell'Infante Isabella col Principe di Asturias, dopo che D. Carlo avrebbe rinunciato in di lui favore i suoi dritti, senza parlare d'altro.

Contemporaneamente il Regio ambasciatore in Parigi riferiva i particolari di un abbocamento da lui avuto con Mr. Guizot, dopo la visita della Regina d'Inghilterra a Eu, da' quali se desumeva che Lord Aberdeen faceva voti favorevoli pel figlio di D. Carlo, ma che non poteva dissimularsi l'impossibilità di conciliarli colla purità de' dritti che la Dinastia primogenita Spagnuola, di accordo con qualche Gabinetto di Europa, vorrebbe conservare.

La Russia e la Prussia interessate solo alla salvezza del principio Monarchico in Ispagna, abbondavano nell'idea del proposto matrimonio, ed allorché il Ministro francese prese congedo da Sua Maestà Prussiana per trasferirsi a Madrid, quel So-

vano ha insistito sulla necessità politica di menarsi ad effetto la progettata unione.

Alle pratiche che il rappresentante Prussiano faceva a Parigi per appoggiare quella politica combinazione, il Gabinetto Francese abbandonando il progetto che avea dapprima messo innanti ed appoggiato, rispondeva come aveva già risposto all'Ambasciatore d'Austria, che la Francia non farebbe nulla per favorire quel matrimonio che credeva impossibile; e che era indifferente sul Principe che si sarebbe dato in isposo a D<sup>a</sup> Isabella, purché fosse della discendenza di Filippo V.

Recenti rapporti del Regio Ministro in Vienna facevan conoscere che il Principe di Metternich, dolente della duplicità del Governo Francese nella quistione Spagnuola, avea fatto intendere a quel Gabinetto di non volersene più mischiare.

In un articolo benanche della Gazzetta di Augusta, e che si crede con ragione emanare della Cancelleria di Stato di Vienna, si versa il più severo biasimo sulla condotta equivoca della Francia in quella negoziazione.

Intanto le cose di Spagna tendevano ad una prossima soluzione, e la caduta di Espartero fece sentire al partito moderato delle Cortes Spagnuole, la necessità di proclamare la maggioranza d'Isabella, come il solo mezzo che potesse conciliare i partiti, ed imporre silenzio a quelle ambizioni, che avrebbero osato elevarsi sino al Sovrano Potere.

Fu in tale emergenza, che passando in disamina le negoziazioni che in questi ultimi tempi aveano avuto luogo, per salvare i dritti di Don Carlo al Trono di Spagna, il Re Nostro Signore rimase convinto, che la causa di quella Famiglia non presentava più probabilità di successo: che la linea di politica seguita dalle Corti conservatrici era stata or molle, or equivoca, e quasi sempre indecisa, e che le Grandi Potenze in generale erano in giusta quistione mosse piuttosto dalle vedute di proprio interesse, che dall'impegno di difendere il principio della Legittimità, personificato dall'Infante Don Carlo.

Così stando le cose, vide il Re Signor Nostro, che non vi era più nulla ad attendere dal concorso delle Potenze in favore della Famiglia di D. Carlo, e che il momento era giunto di dar ragione agl'interessi politici e materiali dello Stato, i quali reclamavano il ristabilimento della buona corrispondenza e de' rapporti internazionali tra'l Suo Regno e la Spagna, che con grave pregiudizio de' suoi sudditi erano rimasti per dieci anni interrotti.

Lo spirito di moderazione che manifestavasi nella maggioranza nelle Camere Spagnuole, il bisogno che si faceva generalmente sentire di fortificare e proteggere il principio Monarchico, come il solo capace di operare la conciliazione de' partiti, non che il riordinamento delle cose in quel Regno parvero al Re Nostro Signore, garanzie di ordine e di stabilità.

Persuasò quindi il Re che un atto politico di sua parte avrebbe contribuito a consolidare in Ispagna il regolare andamento di quel Governo, profittò della dichiarazione della maggioranza d'Isabella, per riconoscerla come Regina delle Spagne.

Volle il Re essere primo a tal passo fra le Corti conservatrici, non solo per dare un esempio di nobile indipendenza, che sarà presto o tardi dalle Potenze stesse seguito, ma anche perché è convinto che val meglio mutar di politica, laddove si è riconosciuta l'impossibilità di più servire la causa che si era presa a difendere, che di non averne alcuna, siccome lo han pur troppo dimostrato i Gabinetti conservatori nella quistione Spagnuola.

## Notas

1. S. Mastellone, *La politica estera del Guizot (1840-1847). L'unione dogonale. La lega borbonica*, Firenze, La nuova Italia, 1957, p. 128. Además de esta obra, sobre la cuestión del matrimonio de Isabel II se puede consultar la bibliografía siguiente: E. J. Parry, *The Spanish marriages 1841-1846. A study of the influence of dynastic ambition upon foreign policy*, London, Macmillan and Co. Limited, 1936; M. T. Puga *El matrimonio de Isabel II*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1964.
2. Archivio di Stato di Napoli, Sezione Diplomatica [en adelante ASN SD] 4752. El texto de las instrucciones que acompañan a la circular es de 17 de febrero de 1844.
3. E. J. Parry, *The Spanish marriages*, cit., p. 128: «The french colonial venture in Algeria had emphasised the importance of naval supremacy in the Mediterranean, and with this in view the Ministers of Charles X had cultivated the good-will of the Neapolitans. Their policy had been continued by their successors».
4. *Ivi*, p. 137: «The rivalry of France and Austria for predominant influence in Italy dated back for centuries. It had been revived with great bitterness during the first years of the Orleans monarchy, and though the evacuation of Ancona and Bologna relieved the tension, the two Powers continued to regard the intentions of the other in the Peninsula with deep suspicion. The inclination of the King of Naples to look to Paris for advice had already disturbed Metternich's peace of mind».
5. Sobre la política exterior de los primeros años del reinado de Fernando II, puede verse G. Coniglio, *Orientamenti della politica estera napoletana nel 1832-1834* en "Archivio Storico per le Province Napolitane", XXXIV (1953-1954), pp. 311-317; F. Curato, *Il regno delle due Sicilie nella politica estera europea (1830-1861)* Palermo, Arnaldo Lombardi, 1989; R. Moscati, *Ferdinando II nei documenti diplomatici austriaci*, Napoli, Esi, 1947; R. Moscati, *I rapporti austro-napoletani nei primi anni del regno di Ferdinando II*, en "Archivio Storico per le Province Napolitane" XVII (1939), pp. 138-200.
6. S. Mastellone, *La politica estera*, cit., p. 108: «Nella difesa della dinastia dei Borboni di Spagna, e nella scelta, così precisa, di un membro della real casa di Napoli, c'era l'ambizione di stabilire tra Parigi, Madrid e Napoli una concordia politico-dinastica da risaldate con vincoli matrimoniali».
7. G. Carignani, *Paolo Versace. La sua vita e le sue missioni. Documenti e ricordi da servire alla storia di Napoli dal 1825 al 1860* Napoli, Stabilimento Tipografico dell'Unione, 1872; p. 40: «Ora queste parole ardite dinobilita indipendenza gittate in viso all'Austria, il riconoscimento del governo di Isabella in Spagna, e finalmente la missione affidata al marchese Antonio La Grua principe di Carini, per trattare il matrimonio, dispiaquero grandemente all'Austria soprattutto». S. Mastellone *La politica estera*, cit., pp. 114-115: «Appena il Metternich intuì che la scelta della Francia si appuntava su un principe napoletano, subito "prese le misure per combattere e prevenire questa scelta". A lui dava pensiero non tanto che il suo candidato fossescartato, ma che la Francia approfittasse delle circostanze favorevoli per imporre la sua influenza sulle corti italiane... Temendo conseguenze di questo genere Metternich fece di tutto per impedire che il re di Napoli abbandonasse il campo della Santa Alleanza». En ASN SD 4752 hay algunos testimonios de las reacciones al reconocimiento.
8. ASN SD 4752. Despacho del Caballero Ramírez (23II.1844 n. 1032) al Ministro de Asuntos Exteriores de Nápoles: «Non solo in questa occasione, ma in ogni altra ho



profittato della opportunità perripetere con calore a questo Governo quanto S.M. sia giustamente gelosa della sua indipendenza, e che i suoiatti sono da riguardarsi come il risultato della sua convinzione. E a dir vero qui si è sempre fatto eco a questo sentimento del Re, sebbene in taluno de' miei colleghi sia nato il sospetto di aver la Francia avuto parte alla nostra riconoscenza del Governo Spagnuolo molto più dopo ciò che Mr. Guizot stesso ha detto nella Camera de' Deputati, essendosi in certo modo attribuito il merito di quel servizio reso alla Spagna».

9. Los datos biográficos provienen de la obra de Carignani citada en la nota n. 7.
10. Aunque la bibliografía sobre la política exterior napolitana de dicho período es escasa, para enmarcar las relaciones con España resulta necesaria la consulta de las siguientes obras: N. Bianchi, *Storia documentata della diplomazia europea in Italia dall'anno 1814 all'anno 1861*, IV, 1830-1846 (continuazione), Torino, Unione Tipografico-editrice, 1867; M. de la Camara Cumella, *La política exterior del Carlismo*, Sevilla, Librería e imprenta Modernas, 1933; F. Curato, *Il regno delle due Sicilie nella politica estera europea (1830-1861)*, Palermo, Arnaldo Lombardi, 1989; J. R. Urquijo Goitia, *Los Estados Italianos y Españ a durante la Primera Guerra Carlista (1833-1840)* en "Hispania", LII (1992), n. 182 (en prensa). En la actualidad estoy redactando una estudio mucho más extenso sobre el mismo tema.
11. Los cursivos son nuestros.
12. N. Bianchi, *Storia documentata della diplomazia*, IV, cit., p. 138.
13. *Ivi*, pp. 341-346.
14. ASN SD, 92. Despacho secreto del Conde Lebzelttern a Metternich, 3II.1840 n. 5.

# ITALIA CONTEMPORANEA

Istituto nazionale  
per la storia del movimento di liberazione in Italia

N. 190, marzo 1993

## STUDI E RICERCHE

Donald Sassoon, *Espansioni e declino del comunismo in Europa occidentale. 1939-1948*  
Simonetta Soldani, *Un Primo maggio piccolo piccolo*  
Serge Noiret, *Riformisti e massimalisti in lotta per il controllo del Psi. 1917-1918*

## NOTE E DISCUSSIONI

Massimo Legnani, *Italia liberale e Italia fascista allo specchio della politica estera*  
Patrizia Dogliani, *"Forti e liberi" a Torino. Un'inchiesta del 1923 sull'associazionismo operaio*  
*L'industria bellica italiana. 1861-1945. Appunti sulla recente storiografia*, a cura di Paolo Ferrari  
Andrea Curami, Paolo Ferrari, *Le armi tra storiografia militare ed economica. Indirizzi e interpretazioni*  
Fabio Degli Esposti, *L'Ansaldo industria bellica*  
Fortunato Minniti, *L'Ansaldo di Cavallero raccontata dagli archivi*  
Gian Luca Balestra, *La San Giorgio. La chance della meccanica di precisione*  
Paolo Ferrari, *Whitehead dagli Asburgo agli Agnelli*  
Alessandro Massignani, *L'industria bellica italiana e la Germania nella seconda guerra mondiale*  
Gianni Sciola, *Il Novecento degli Istituti. L'Italia nella seconda guerra mondiale*

Abbonamento annuo L. 60.000, estero L. 80.000 da versare su c.c.p.  
n. 16835209 intestato all'Istituto nazionale per la storia del  
movimento di liberazione in Italia.